

Dadelos ©

Osvaldo Fernandez



Capítulo 1

Dadelos ©

Cuando el inmenso hongo de humo apareció en el horizonte, queriendo ocultar el sol, ya a nadie le importaba su origen, ni quiénes eran los responsables de su aparición. Erguía su siniestra figura hacia lo alto, como si tratara de divisar desde allí los más lejanos confines.

El intenso calor que emanaba su aliento se apoderó de las hojas, de los árboles, de los animales, las cosas, y de los seres humanos, que corrían despavoridos con sus hijos en brazos o tomados de la mano, para caer de rodillas implorando piedad inútilmente. Sus carnes se veían cubiertas por una capa de polvo gris que parecía cubrir toda la faz de la tierra. La incandescencia irresistible avanzaba por las venas, en un viaje interminable de dolor a través de las cavidades, que corroía los huesos y hacía hervir los líquidos del cuerpo, empujando a los animales, que embestían locamente, en un esfuerzo inútil por sacudir el martirio desatado sobre sus lomos y vísceras. Mientras tanto, un ruido estrepitoso, que venía de todas partes, se tragaba los sonidos y lamentos, dejando a las gargantas sin gemido y reventando con dolor los tímpanos sangrantes.

Algunos llegaron a comprender, antes de que se les brotaran los ojos de sus cavidades, que empezaba para ellos el Último Día, para luego entregarse, entre llantos y oraciones, a la oscura inmensidad de la nada y a la seguridad absoluta del que no existe.

En el atardecer de aquel día se vistieron los cielos de negro y las tierras de gris, para dar paso al amanecer del Último Día, el cual, contrario a lo que la naturaleza había ordenado hasta entonces, daba sus inicios en las horas de la tarde.

A la humanidad, que reposaba inerte a sus pies, no le quedaría reservada la oportunidad de un amanecer cotidiano, ni podría albergar ninguna otra esperanza que la encerrada en la hecatombe creada con sus propias manos, desatada con todo su peso sobre sí, para derrumbarla y arrastrarla a la extinción.

La lluvia gris continuaba incesable, prolongándose por largo tiempo; y nadie sabría jamás si pasarían meses, años o siglos, hasta que empezaran a caer nuevamente otras gotas, claras y cristalinas, sobre los ríos muertos, y no las grises y penumbrosas que ahora parecían rebotar sobre

la superficie como cartuchos de metal.

El monstruo de humo que había ocupado el horizonte, vomitando su interior de fuego y destrucción, había permanecido casi inerte, desde que el silencio había retornado a las ciudades y campos de la tierra. Parecía contemplar la perfección de su poder adquirido de los hombres. Le habían otorgado el privilegio de la libertad para forjar el futuro de sus creadores y depararles la suerte que encerraba en su interior.

Es así como, sin muchas pretensiones y al azar evolutivo, aquella masa de energía, calor, polvo y tragedia, desligándose de la ciencia de los hombres, pudo transformar las leyes de la naturaleza, y concebir el nuevo amanecer del Ultimo Día. No es que lo que habitaba dentro del hongo de humo, piedras, polvo y energía pudiese reflexionar sobre los hechos que se sucedían a su alrededor. Lo eludía por igual cualquier concepto sobre la historia de su naciente existencia. Sin embargo, no era allí donde se encontraba la razón de su proceso evolutivo, sino que la naturaleza, una vez había perdido su rumbo ante la hecatombe, buscaba a tientas un nuevo camino, para escapar de aquel mortal perseguidor de humo y fuego, que había sembrado al mundo con devastación y desolación, propagando la hediondez de la muerte por los cuatro vientos.

Aquello que fue surgiendo del profundo interior del hongo mortal, lentamente, paso a paso, cual Arjé en flujo constante, empezaba a tomar conciencia de su existencia. No era en realidad un hijo del monstruo de fuego, ni de la naturaleza, sino el resultado involuntario de los dos, en un esfuerzo de la última por continuar su quehacer creador.

Lo primero que aquella criatura percibió a su paso de las tinieblas de la inexistencia hacia la luz del ser, fue la ausencia de intervalos en su conciencia. Los ciclos del tiempo habían terminado, o al menos se habían detenido un instante que bien podía comprender un espacio de siglos de duración, como también el de una fracción de segundo. No sabía con certeza, si al abandonar su refugio de humo, piedras, polvo y energía, iniciaría la creación de un tiempo nuevo, un renovado ciclo de ekpyrosis, o sería presa de la destrucción encerrada en sus entrañas. Pero la duda cedió a otra percepción, cuando atravesando el telón de humo que le envolvía, primero titubeante y luego con firmeza, se adentró a la realidad existente del mundo que había sido llamado La Tierra.

Al avanzar sobre La Tierra se encontró absorto con la presencia poco familiar del silencio absoluto. Se sintió conforme, satisfecho, al notar que podía contradecir las leyes de la física, de estar completamente desligado de ellas, pero no pudo encontrar explicación alguna a su satisfacción. Comprendió que se concebía a sí mismo como el reflejo inverso de todo aquello que le rodeaba, tal fuera un espejo viviente que empezaba a captar imágenes de lo nunca visto antes de su existencia. Tomó conciencia entonces de la presencia de su nombre en todas partes y sobre

todas las cosas. Desde ese preciso instante se llamó a sí mismo Dadelos.

Nada, ni nadie, en la alborada absurda del último día, le contradijo, sino que las cosas y la brisa, que empezó a disipar las tinieblas, asintieron con su callada presencia.

Desde su aparición sobre la faz de la tierra, ésta había cambiado, mostraba profundas cicatrices y extensa devastación. Se propuso visitar diversos parajes para conocer la vastedad de lo que llamaría su hogar.

Por mucho tiempo visitó parajes que habían cambiado su configuración y forma. Los palpaba con su plasma, y los reconocía como suyos, descubriendo su pasado y forma, pues bastaba buscar en sus recuerdos para encontrar la elevación perfecta y el ángulo adecuado para observar las cosas desde su propia esencia y verlas con los ojos preexistentes a su propia creación. Y es que para el ente existían solo dos dimensiones del tiempo en su ser: Antes y Ahora. En su ingenuidad, propia de su corta existencia, desconocía el Después. Así sería durante todo el período de su existencia. El futuro y su dimensión existencial no era ni sería jamás parte de su ser.

Sin poder escapar a las dimensiones temporales que lo limitaban, exploró los campos, los ríos y mares en busca de los recuerdos perdidos, rememorando las cosas que inexorablemente habían cesado de existir o se habían transformado hasta ser irreconocibles. Al rescatar los recuerdos fue creciendo su paciencia y su capacidad para cuestionar las cosas de las cuales había sido testigo y creador, ya que con cada recuerdo que rescataba, simultáneamente cambiaba su interior irreversiblemente.

Fue así como empezó a crecer en espíritu, aumentando su capacidad noética, para intuir el propósito místico de su existencia. Es así como, en un instante, detuvo su aliento, que era capaz de mover el tiempo y los destinos de La Tierra, para estremecerla sobre su eje e iluminar los cielos con una pregunta.

Fue a partir de esa interrogante, que rasgó su velo de inocencia, cuando empezó a intuir lo que no había logrado dilucidar previamente. Con sus ojos ciegos, que podían palpar y reconocer la veracidad original encerrada en las sombras y las cenizas del pasado, empezó a leer las hojas carbonizadas, que volaban por todas partes, entregadas a un baile desenfrenado con el viento, que soplaba ahora con vigor.

Pero no descansó allí su curiosidad despierta, sino que se adentró entre los restos incinerados de la Bibliotecas y las habitaciones oscuras y polvorientas que descansaban en espera de una posteridad inexistente y

al paso implacable de un tiempo sin calendario.

En su esfuerzo desmedido por saciar la sed de saber, que inadvertidamente había despertado, empezaron a recrearse los recuerdos, que formaban parte de su esencia permeada de humanidad. Retornaban aceleradamente, cambiando y sucediéndose vertiginosamente una tras otra, imágenes, ideas, fechas, nombres, lugares, formulando en conjunto nociones abstractas y prácticas a la vez, que en en síntesis, adoptaron la forma de nuevas interrogantes.

Dentro de la complejidad de las ideas empezó a palpar la perfección matemática, la simetría de las construcciones arquitectónicas, su exactitud geométrica. Resbaló por probetas y se sumergió en los líquidos, palpando la Química, la Física, la Biología y la Genética. Y así prosiguió, desvelando con asombro la inmensidad universal comprendida en la Astronomía y el cosmos oceánico. Siguió indagando, sorprendido, profundizando en su intelecto, entre los laberintos de la Filosofía, la Psicología y la Psiquiatría. De allí, a un ritmo acelerado, se adentró a descubrir la belleza de las palabras, la poesía, la música y las artes, la naturaleza del hombre y la mujer, la humedad de su piel y su sexo, la brevedad de su propia presencia, la alegría extinta de los niños, la tristeza, el hambre, la riqueza, la pobreza, las máquinas, los cohetes espaciales, las bombas, la sangre.

El final. El inicio.

Fue entonces cuando comprendió, estremecido, lo ignoto en el recóndito lugar de la esencia de su ser, y al mismo tiempo, su propia condena. Y si de su ser sin rostro y sin ojos hubiera podido derramar lágrimas de pena, lo hubiera hecho. La tristeza, que había desconocido hasta entonces, no quiso alejarse de Dadelos, como su ser tampoco pudo apartarse más de ella. Como si quisiera adormecer la conciencia que había despertado, no cesaba de repetir la única pregunta que lo atormentaría por el resto de su existencia y que lo llevó a concluir que él era un intento perdido, un desvarío.

Decidió dar una nueva oportunidad a la naturaleza de corregir sus pasos, volviendo él sobre los suyos. Deseó permitir un nuevo amanecer, en que fuera desterrada la soledad sobre la faz de la tierra, en el que el verdor vegetal retornara a cubrir la superficie del planeta, donde los niños corretearan jugando en los barrios y los hombres amaran a las mujeres en sus camas, soñando en que habría un "después" y que nunca más llegaría el amanecer del último día.

Una vez había reconocido el significado de su nombre sobre la faz de la tierra, preso de melancolía, besó a su manera los recuerdos recuperados que había aprendido a amar, y en medio de un gran estallido,

Dadelos dejó de existir.

Cuando las nubes grises empezaron a llorar gotas cristalinas que lavaban la superficie de la tierra, aún no sabía con certidumbre si su sacrificio tendría una oportunidad de éxito, ni sabría jamás la respuesta a la pregunta que atormentó su ser durante su efímera existencia: "¿Porqué?"